

PELIGRA SU VOCACIÓN.

Una prueba suplementaria: la de su vocación

Además de todos estos problemas anteriores, se le presenta al P.Kentenich un problema proveniente de afuera, aunque relacionado de alguna manera con lo interior: una prueba a su vocación.

Consideraremos lo que ya sabemos de su situación. Él confiesa que desde niño ha padecido de una especie de fanatismo por la verdad y que sus posibilidades de desequilibrio van en esa línea. Es un hombre con un hambre de verdad tan fuerte que, en parte fue eso también lo que causó su crisis interior: al buscar al Dios de las ideas, de las verdades, se separó del Dios de la vida. Ese “fanatismo” de la verdad fue lo que arriesgó en varias ocasiones y, en concreto, en el caso que aquí expondremos, a realizar actos que realmente carecieron de tacto.

A pesar de faltar ocasionalmente a clases y de pasar mucho tiempo enfermo, era un alumno extraordinariamente inteligente. Fue siempre de los primeros de su curso y era también el puntal de todos aquellos que solicitaban su ayuda.

Todos los años realizaba una disputa solemne en el aula magna del Seminario, en la que dos alumnos discutían dos tesis contrapuestas. Era todo un sistema de procedencia jesuita que se hacía en forma de una discusión escolástica de dos tesis distintas, sobre la base de silogismos, pruebas y contrapruebas. Ese año, fue seleccionado el P.Kentenich por ser el mejor alumno de su curso, y otro alumno también muy brillante. Se da comienzo a la discusión y él simplemente deja mudo a su opositor. Entonces, el profesor, que era partidario de la tesis derrotada, se impacientó e intervino en la polémica. En ese tiempo, los profesores en Alemania eran una especie de pequeños dioses, ante los cuales había que inclinarse con mucha reverencia y temblor. Le dijo al P.Kentenich categóricamente: “¡No es así como usted lo dice! ¡A este problema corresponde otra explicación!”. El P.Kentenich repuso: “Ese no es ningún argumento. La verdad no se prueba con autoridad sino con argumentos”. Esto cayó “como una bomba”. Se produjo un gran silencio en la sala, el profesor no contestó y se suspendió el debate.

El mismo P.Kentenich dijo más tarde: “Esa respuesta mía fue una falta de tacto; yo no debería haber dicho eso. Si me hubiera dado cuenta en ese momento de que era mi profesor el que me rebatía, no lo habría dicho por el respeto que le debo. Pero simplemente no lo vi; yo sólo veía la verdad”. Cuando se trataba de la verdad, él no transigía, no aceptaba argumentos baratos ni golpe de autoridad; exigía pruebas.

Poco después de este acontecimiento, se reunió el Consejo Provincial para decidir a quién se aceptaba a la profesión perpetua y a quien no. Era en septiembre de 1909. Al P.Kentenich le correspondía hacer sus promesas definitivas. Después vendría la ordenación sacerdotal. Se vota su caso. Eran cinco lo que votaban y el P.Kentenich es rechazado por tres votos contra dos. Se le rechazó por varios motivos. En primer lugar, porque nadie sabía

lo que pasaba en su corazón. Su persona era un misterio. Era un joven inteligente, muy piadoso, pero sus superiores se daban cuenta de que no penetraban en su interior y que no sabían lo que llevaba adentro. Los profesores opinaban que era muy amable, muy tranquilo, muy ordenado, muy respetuoso, pero nadie había llegado al fondo de su alma. De ahí el interrogante: ¿Qué va a salir de él? ¿Qué lleva en su interior? Y sobre todo, les intranquilizaba el hecho de que hiciese tantas preguntas, de que fuera tan inquieto, tan apasionado en su búsqueda de la verdad.

En las clases siempre estaba haciendo preguntas y con esto, a veces ponía en dificultades a los profesores. Era un gran admirador de Santo Tomás, pero todo el sistema escolástico de pruebas, de argumentos ya hechos, ese aprendizaje de memoria, lo rebelaba. Y, por eso, en clase siempre planeaba preguntas nuevas que no estaban en los libros, preguntas que se le ocurrían a él al observar la vida.

Fuera de la inseguridad que causaba a sus superiores el hecho de no conocer a fondo lo que había en su corazón, les inquietaba dos cosas más. Una de ellas era la sospecha de que pudiese tener dudas de fe. Hacía tantas preguntas, planteaba tanta interrogantes, que se decían: Este joven ¿creerá o no? ¿Qué garantía nos da de que su fe sea sólida? Y la otra preocupación era: ¿Cuál va a ser, en el futuro, su actitud frente a la autoridad? ¿Ejercerá también frente a la autoridad ese espíritu crítico que muestra cada vez que trata de descubrir y defender la verdad? Y con su gran inteligencia, ¿no podrá llegar a ser “dinamita” dentro de la comunidad? el día que se rebele o empiece a criticar las órdenes de sus superiores, siendo una persona dotada como él, ¿qué influencia puede llegar a tener? Y se decían: será imposible controlarlo, pues nadie lo conoce a fondo...

Había toda una actitud de inseguridad frente al P.Kentenich basada en el misterio que era para ellos su corazón y en la gran fuerza de su personalidad. Por eso consideraron más prudente rechazarlo.

El rector de la casa, el P.Michael Kolb, fue el encargado de comunicarle esta noticia. El P.Kolb fue siempre un gran apoyo para el P.Kentenich; le tenía mucho cariño y aprecio por lo inteligente, por lo respetuosos, por lo sobrenatural que era y, probablemente, también por la forma en que había sabido sobrellevar sus enfermedades. Por eso, con mucho dolor, le dijo que no había sido aceptado. En ese tiempo, cuando expulsaban a alguna persona de un seminario, se le cerraba toda otra puerta o posibilidad de llegar a ser sacerdote algún día. Por eso, con esta decisión, se jugaba simplemente toda la vida del P.Kentenich.

Escuchó lo que se le decía y luego preguntó el por qué. El P.Kolb le respondió: Los Padres sienten mucho inseguridad frente a usted. Usted es muy inteligente y, por lo mismo, muy crítico, muy inquieto. Pero se desconoce lo que usted lleva dentro de su corazón y se teme que, en el futuro, no sepa obedecer y sea fuente de críticas permanentes para sus superiores.

Entonces él contestó: Bueno, si e ésa la decisión, la acepto como voluntad de Dios. Pero quisiera decirle una cosa. De mí pueden tener la certeza de que delante de los superiores mostraré siempre apertura y franqueza, pero que detrás de ellos seré todo silencio y respeto. Nunca he criticado a ningún superior a sus espaldas y tampoco lo haré en el futuro.

El P.Kentenich formuló aquí lo que fue siempre su principio de obediencia: una obediencia basada en la franqueza frente al superior y el respeto y silencio cuando se está a espaldas de él. Esa fue también la actitud que guardó en los momentos más difíciles frente a la Iglesia, frente al Santo Oficio, cuando estaba en el destierro.

Fuera de eso, no dijo nada más a pesar de que toda su vida amenazaba derrumbarse. Diez años antes, al entrar al Seminario Menor, había llorado ante la posibilidad de no poder ser sacerdote. Ya hemos hablado de esa poesía en que se había quejado: “¿Por qué me creaste, Señor, si no vas a permitir que sea tu sacerdote?” Ahora estaba a menos de un año de su ordenación, a sólo 10 meses, y le dicen de repente que no puede ser ordenado. Y su respuesta inmediata fue: Si ésa es la voluntad de Dios, la acepto.

Al P.Kolb le impresionó tanto la actitud del P.Kentenich –no sólo lo que le dijo sobre la obediencia sino también la tranquilidad, la forma como aceptó esa decisión, sin ninguna queja, preguntando únicamente el motivo y manifestándose dispuesto a obedecer- que volvió a consultar este caso con el Consejo. Se hizo otra votación y uno de los consultores cambió de opinión, lo que dio como resultado tres votos contra dos. El P.Kentenich fue aceptado.

Como vemos, su trayectoria hasta su ordenación sacerdotal, el 8 de Julio de 1910, fue bastante agitada.

Anécdota.

El Padre Kentenich educaba personalidades libres. Siendo profesor de latín y alemán en Ehrenbreitstein, sus colegas observaron que solía dejar a sus alumnos sin vigilancia durante las pruebas escritas. Decían desaprobándolo: “¡Nunca se ha visto nada igual!” Sin embargo él podía permitirlo porque la confianza que ponía en sus alumnos hacía que ellos se esforzaran en no defraudarlo.

Anécdota.

También su viaje como prisionero cuando fue llevado de Coblenza a Dachau nos ejemplifica su actitud sobrenatural. En una conversación con el capellán Dresbach supimos algo acerca del trato inhumano que sufrían los prisioneros al ser llevados al campo de concentración. Él nos contó su propia experiencia sobre cómo pasaron la noche durante el viaje. Cuando el Padre Kentenich volvió, alguien le preguntó entonces si también su viaje a Dachau había sido tan inhumano. El Padre respondió: “¡Mejor no me pregunte!” Como la contestación era elocuente, le formularon otra pregunta: si no le había resultado degradante estar encadenado de pies y manos, ya que siempre había sido un acérrimo defensor y guardián de la libertad. El respondió: “Oh, no, eso fue hermoso”.

Estando en Dachau un día le preguntó angustiado un sacerdote: “¿Será que algún día saldremos de aquí?” El Padre Kentenich le respondió con toda tranquilidad: “Eso es secundario, lo único que importa es cumplir la voluntad de Dios.”

Pauta para la reunión

Esquema de toda reunión.

Oración.

Ver cómo estuvo la semana y revisión del propósito anterior.

Tema: 15' a 20'.

Preguntas e intercambio.

Propósito.

Oración final. Cantos.

Preguntas sugeridas:

- **¿Qué me impresionó y por qué?**
- **¿Cómo reaccionarías ante un golpe como el que vivió el P JK y que le cortaba todo su futuro?**

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del P JK” P.H.Alessandri. Ed. Patris

“Hemos conocido un Padre”. M.Nailis. Ed. Schönstatt